

ATAHUALPA FUE, ES Y SERA CUZQUEÑO

Escribe: Hernán Amat Olazábal*

En la década de 1950 una estatua de Atahualpa fue enviada a la Unión Panamericana como símbolo de la nacionalidad ecuatoriana, como paradigma del incanato y de los ideales presentes, pasados y futuros del Ecuador. A partir de entonces, con una vehemencia digna de la mejor causa, los historiadores ecuatorianos pretendieron acaparar para el Ecuador el postrer prestigio del incario, sobre la base de una reconstrucción histórica propia mas bien de la literatura fantástica.

FALSEDAD TRAS FALSEDAD

Los historiadores ecuatorianos afirman con terca insistencia que el Imperio de los Incas culminó en Ecuador, argumentando que Guayna Cápac consolidó su poderío estableciendo la nueva capital en Quito. En el colmo de la deformación histórica concientizan a su pueblo con falsedades propias de afiebradas mentes, diciendo por ejemplo que *“al crearse en Quito la nueva capital, políticamente el Cuzco vino a situarse en un plano de innegable postergación”* (versión del historiador ecuatoriano Oscar Efrén Reyes).

Atahualpa es visto en el Ecuador, a partir de una elucubración absolutamente falsa, no sólo como un personaje importante del pasado, sino también como símbolo de la ecuatorianidad del presente y del futuro. Los historiadores ecuatorianos afirman que Atahualpa nació en Quito, hijo de una princesa a la que nombran Paccha. Y añaden a ello que Atahualpa *“ecuatoriano”* acabó con el *“peruano”* Huáscar, en una campaña militar que significó para el Ecuador la anexión de Piura y Cajamarca, pues hasta esta última ciudad llegó Atahualpa antes de ser tomado prisionero por los invasores españoles.

Neptalí Zúñiga, autor del libro *Atahualpa* y miembro prominente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador, ha llegado a sostener que los derechos territoriales adquiridos por el avasallador triunfo de Atahualpa sobre

Huáscar no supieron ser defendidos por los ecuatorianos que firmaron en 1942 el Protocolo de Río de Janeiro.

Se ha deformado la historia a tal extremo que Benjamín Carrión, otro connotado historiador ecuatoriano, llegó a escribir que *“el niño Atahualpa quiteño fue hijo de la última de las reinas de Caras, producto de la alianza de amor (sic) con Guayna Capac”* y que éste lo *“llevó siempre en sus viajes a los más sabios amautas y quipucamayos para maestro de sus hijos”*, añadiendo novelescamente que *“en las horas libres el príncipe Atahualpa recibía lecciones del los maestros mas ilustres”*. Falsedad tras falsedad que, sin embargo, en el Ecuador se ha reconocido como historia oficial.

Al respecto, debemos señalar, en primer lugar, que la princesa Paccha, quiteña, supuesta madre de Atahualpa, fue sólo fruto de la prodigiosa imaginación del padre Juan de Velasco, autor de la crónica tardía llamada **Historia del Reino de Quito**. En segundo termino será útil precisar que la educación de los príncipes incaicos, y de los hijos de los curacas provincianos, se impartía exclusivamente en el famoso Yachayhuasi (Casa del Saber), cuya única sede fue el Cuzco, ciudad sagrada por excelencia que todo el tiempo fue reconocida como única capital del vasto imperio.

ATAHUALLPA CUZQUEÑO, DESCENDIENTE DE PACHACUTI

La investigación científica, con el minucioso examen y cotejo de las fuentes primigenias, ha llegado a la conclusión irrefutable de que Atahualpa nació en el Cuzco. Por lo demás, este aserto no es reciente; data incluso de tiempo anterior al descubrimiento de la crónica completa de Juan de Betanzos, tenida hoy por principalísimo testimonio de la nobleza imperial cuzqueña.

Cronistas tan esclarecidos como Pedro Cieza de León, Pedro sarmiento de Gamboa, Joan Santa Cruz Pachacuti Salcamaygua, Bernabé Cobo y Fernando de Montesinos, entre otros, expusieron con precisión el origen cusqueño de Atahualpa. Pero es en la **Suma y Narración de los Incas**, escrita por Betanzos promediando el siglo XVI, donde se puede seguir con detalle muy preciso la genealogía de los emperadores andinos; y es allí donde hallamos que

Atahualpa nació en el Cuzco, hacia el año 1500, hijo de Guayna Cápac en la princesa Palla Coca, integrante de la panaka o gran familia fundada por el Inca Pachacuti.

Todos los emperadores pertenecieron por ascendencia paterna o materna a la panaka de Pachacuti. A ella perteneció Atahualpa, quien al ceñir la mascaypacha, con apoyo del ejército, tomó el nombre Ccacha Pachacuti Inca Yupanqui, aludiendo el nombre de *Cacha* el dios de la guerra y el de *Pachacuti* a su panaka materna.

Huáscar no nació en la ciudad del Cuzco, sino en el pueblo de Muina, en el valle de Guaro, a unos 30 km de la capital imperial, varios años después que Atahualpa. Y fue hijo de la princesa Ragua Ocllo, integrante de la panaka de Tupac Inca Yupanqui.

Siendo niño Huáscar fue dejado en la capital por Huayna Cápac, quien salió a las guerras del Norte en compañía de Atahualpa, para formarlo militarmente, lo cual da a entender meridianamente que estaba privilegiándolo para la sucesión.

Huáscar creció en el templo solar y allí los sacerdotes lo convirtieron en instrumento de sus intereses. Por eso a la muerte de Huayna Capac los sacerdotes le ceñirían la mascaypacha dándole el nombre de **Inti Cusi Guallpa** en alusión al dios Sol.

GUERRA DINÁSTICA Y DE PANAKAS

La lucha de Huáscar contra Atahuallpa fue, en consecuencia, el alzamiento del clero solar contra el ejército. Pero fue más, porque Huáscar, habiendo nacido en Hanan Cusco renunció a este origen y proclamó la restauración de los Hurin Cusco, vale decir, de la primera dinastía.

La guerra civil incaica no fue el simple enfrentamiento de dos hermanos, como tampoco la pugna entre dos centros de poder – Cuzco contra Tunipampa – y mucho menos el enfrentamiento entre quiteños contra cusqueños. Fue lucha dinástica, de los Hurin contra los Hanan y guerra de panakas, principalmente de la de Pachacuti contra Túpac Yupanqui.

Debemos mencionar que no pocos historiadores peruanos hicieron coro a las elucubraciones de los autores ecuatorianos, llevados por un absurdo chauvinismo que nació de la lectura de los **Comentarios Reales** del Inca Garcilaso de la Vega, crónica hoy en descrédito creciente.

LA VERDAD HISTÓRICA

La historia del enfrentamiento secular peruano ecuatoriano debe tratarse con rigor científico y objetividad desapasionada, para señalar como una gran verdad que el poderoso Estado imperial cuzqueño anexó por la guerra lo que hoy es el territorio del Ecuador, pero llevando a esas latitudes las luces de una civilización más evolucionada.

Las varias naciones que habitaban lo que iba a ser a partir de entonces la región septentrional del Tawantinsuyo, fueron reacias a aceptar la dominación incaica, provocando continuas rebeliones que fueron aplastadas a sangre y fuego.

Varios pueblos de esa región fueron arrasados y casi despoblados, no solo por Túpac Inca Yupanqui y Guayna Cápac, sino también por Atahualpa, hecho mencionado en muchas crónicas y que de por sí bastaría para refutar la versión ecuatoriana.

La verdadera historia es irrefutable. Pero mucho habrá de costarles a los ecuatorianos aceptar que han forjado un chauvinismo sobre la base de un falsedad.

En el Ecuador Atahualpa es prototipo de ecuatorianidad; revísese para el caso los textos escolares o mapas oficiales del vecino país. Los monumentos reverenciados son para Atahualpa, como también el nombre de sus principales avenidas, de su mejor teatro o de su monumental estadio.

Han convertido en héroe al Inca cuzqueño que no dejó sino piedra sobre piedra en Tumipampa (la actual ciudad de Cuenca), al Inca cuzqueño que exterminó a miles de rebeldes, principalmente Cayambis y Cañarís, dejando en esa región sólo *huambracunas* (niños casi adolescentes).

Tiempo es de corregir la falsa versión de que Atahualpa emprendió campaña al Sur con un ejército formado por nativos del actual Ecuador. Pese a las múltiples y acreditadas pruebas en contrario, es una versión que aún subsiste y que debemos rechazar.

Atahualpa, el último emperador del Imperio de los Incas, fue cuzqueño. Venía de Quito al Cuzco para poner orden en el imperio, trastornado por la sublevación de los Hurin Cuzco y del clero solar. Mas al llegar a Cajamarca sobrevino su tragedia y cayó prisionero de los invasores españoles. Desde su prisión tramó el inicio de la guerra de resistencia incaica y al ser descubierto fue condenado a muerte. Así, como adalid de la lucha por preservar la autonomía andina, se inmoló en Cajamarca el 26 de julio de 1533.

**Director del Museo de Arqueología y Antropología
de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.*